

Tercera parte

¿Qué Brasil es éste?

Conviven dos imágenes contradictorias de Brasil en el mundo actual: una imagen complaciente, compuesta por el fútbol, el carnaval, su música, por la imagen jovial y alegre de su pueblo, por sus telenovelas, junto a otra, de las masacres y de la injusticia, de la discriminación y de la violencia. Si nos preguntamos cuál de las dos es real, tendremos que decir que ambas lo son; y solamente de la comprensión de su convivencia y de las contradicciones que encierran puede surgir una visión real de Brasil, como país y como sociedad.

De la economía agraria a la financiera, pasando por la industrial

Brasil se convirtió, a lo largo del siglo XX, en la mayor economía de América Latina, después de haber vivido el pasaje de siglo anterior aún bajo el impacto de la recién terminada esclavitud y de haber sido un país agrario y primario-exportador hasta entrada la segunda mitad del siglo XX. País con una izquierda atrasada, correspondiente a su estructura social, Brasil se recuperó políticamente. Sin embargo pasó al nuevo siglo como un país que perdió su dinamismo económico, y, con él, el potencial de liderazgo internacional que había comenzado a conquistar.

Se fueron los tiempos de la frase de Nixon, según la cual “para donde Brasil vaya, irá el continente”, a no ser que la tomemos en sentido negativo -con el abandono de las metas de desarrollo económico, éstas fueron sustituidas por las de estabilidad monetaria, con sacrificio no apenas de la expansión económica, sino de la recuperación de sus graves problemas sociales y de la renuncia a la construcción de una gran democracia continental-, como indicativo de los mismos rumbos tomados por el resto del continente. Aunque, aún en ese sentido, Brasil perdió primacía, porque las adoptó tardíamente.

No obstante, precisamente la combinación de los elementos que lo constituyen como sociedad y como nación caracterizan hoy a Brasil como “el eslabón más flaco de la cadena” del sistema capitalista en el continente. Esto se da por la presencia de elementos de fuerza y de debilidad:

- una economía que, aunque debilitada por los procesos de privatización, de apertura acelerada de la economía y de desnacionalización, mantiene una capacidad competitiva superior a las otras economías del mismo porte en el continente;
- a pesar de la apertura de su economía en los años noventa, el país se encuentra todavía menos penetrado por el capital externo en comparación con la Argentina y Chile, en el plano del sistema financiero, de las grandes corporaciones comerciales o de la propiedad de la tierra;
- la derrota impuesta por los regímenes de terror quedó más distante en el tiempo que en otros países con trayectoria similar a Brasil, permitiendo una renovación social, política e ideológica;
- como consecuencia, las fuerzas sociales y las políticas de izquierda, construidas en el proceso de resistencia a la dictadura y de reconstrucción de un Estado de derecho, tienen mucha mayor fuerza que en los otros países del continente, llegando a configurar en la actualidad una de las izquierdas más fuertes del mundo;

- los compromisos económicos y sociales entre las élites hicieron de Brasil el país más injusto del mundo, con el mayor grado de desigualdades sociales, revelándose un factor de debilidad acentuada para el sistema de dominación política en el país.

El conjunto de estos factores, dependiendo de su articulación, puede llevar al país a una formidable estagnación y regresión de dimensiones civilizatorias -preanunciada por los gobiernos de los años noventa, cuya continuidad esencial representaría ese camino- o a encarar la posibilidad histórica de una ruptura y un salto de calidad en su proceso de construcción como nación y como sociedad.

Brasil se caracterizó, como el resto del continente, por ser antes un Estado que una nación. Fue colonizado, definió sus estructuras económicas, sociales y políticas en función del mercado mundial, tuvo su historia periodizada de acuerdo a los ciclos determinados por el producto de exportación que interesaba al mercado mundial, controlado por los países colonizadores.

En el caso brasileño, los ciclos del azúcar y del café fueron articulados en función de la exportación y sostenidos por el trabajo esclavo. La masacre de las poblaciones indígenas fue sucedida por el tráfico de millones de esclavos africanos, que constituyeron el primer contingente de formación del proletariado brasileño. A su lado, la agricultura de subsistencia produjo un campesinado diseminado por el inmenso territorio, trazado inicialmente formalizado por el Tratado de Tordesillas y consolidado a fines del siglo XIX.

Si la colonización portuguesa no produjo distinciones fundamentales en relación a la forma de inserción internacional de Brasil en comparación con los países colonizados por España -salvo estilos de colonización, con efectos importantes en el plano cultural-, la invasión napoleónica de la península ibérica imprimió destinos diferenciados a unos y otros. Mientras los españoles resistieron y, derrotados, enflaquecieron su dominación colonial sobre las Américas acelerando, desde México a Chile, el desenlace de las guerras de independencia, la corte portuguesa huyó al Brasil, produciendo resultados opuestos.

En cuanto en los países de colonización hispánica se forjó un Estado nacional como producto de las guerras de expulsión de los invasores, se liberaron los esclavos y se instauró un régimen republicano, en Brasil se estableció un pacto entre las élites -pacto que marcaría la historia brasileña. La Corona, llegando a Brasil, promovió un proceso transformista que inició la transición de colonia a país independiente, momento en el cual el hijo del emperador heredó el trono y con él el poder del nuevo Estado, que sería imperial en vez de republicano. Paralelamente, el fin de la esclavitud se postergó por varias décadas -terminó en 1888-, tornando el Brasil en el último país del continente que acabó con la explotación del trabajo esclavo.

Aún antes de esa fecha, a mediados del siglo XIX, precaviéndose ante el flujo de los nuevos trabajadores "libres", las élites brasileñas promulgaron una Ley de Tierras que legitimaba el control de los vastos territorios nacionales en manos de los terratenientes, bloqueando así la posibilidad de que los esclavos tuviesen acceso a tierras. De tal forma, la cuestión colonial se trasladó a la cuestión agraria, consolidando el poder de los terratenientes y su espacio privilegiado en el bloque en el poder, responsable por la no realización, hasta el presente, de la reforma agraria en Brasil.

Fue desde 1930 que Brasil -valiéndose del "privilegio del atraso" al que se refería Trotski cuando abordaba la ley del desarrollo desigual y combinado que comanda el capitalismo- comenzó a recuperar ese atraso relativo en relación con otras formaciones sociales latinoamericanas, en particular la Argentina. Mientras la Argentina ya había dado pasos significativos en la dirección de la industrialización, por su carácter de país exportador de carne y cuero, se urbanizó, no tenía esclavitud y desempeñaba un papel importante en la división internacional del trabajo, Brasil había quedado relegado a la situación de país agrario, exportador de café, con mano de obra esclava hasta el final del siglo XIX y con gobiernos oligárquicos hasta 1930, cuando su vecino ya había atravesado la revolución universitaria de Córdoba y poseía una sólida cultura nacional.

Sin embargo, el propio movimiento militar de 1930, bajo efecto directo de la crisis de 1929 y del agotamiento del modelo exportador, representó una ruptura con el bloque en el poder existente hasta allí. Si valiéndose de la crisis redefinió las relaciones de fuerza dentro de ese bloque, dándole una nueva configuración en que la hegemonía de la oligarquía agraria era

gradualmente sustituida por la de la burguesía industrial naciente, intermediada por la fuerte presencia del Estado, esa transición no se realizó con la ruptura de las relaciones sociales en el campo. La legalización del movimiento sindical -en su versión corporativista, de la misma forma que más tarde en el peronismo- llevada a cabo por Getúlio Vargas (1930-1945 y 1950-1954) quedó restringida a los trabajadores privados del sector urbano, cuando la gran mayoría de la fuerza de trabajo se concentraba en el campo.

Con esto se distanciaban los intereses de los trabajadores del campo y de la ciudad, que pasarían a tener destinos diferenciados. Los campesinos, relegados al dominio sin límites del latifundio, con su secuela de violencias y arbitrariedades, mientras que los trabajadores urbanos, en tanto, pudieron buscar abrigo en una legislación del trabajo ligado al Estado ampliamente reformado para un proyecto nacional e industrializador.

Se generaron así, bajo el getulismo, las condiciones tanto de un fuerte empuje al desarrollo económico vuelto para el mercado interno cuyo modelo sería teorizado y codificado por la CEPAL en la segunda posguerra, como de un nuevo modelo hegemónico, cuyos trazos dominantes serían su carácter nacional y popular. Nacional, porque por primera vez el Estado se presentaba como personificación del Brasil, tanto en sus relaciones con el mercado mundial (en la defensa del precio del café, en la protección, de las nacientes industrias brasileñas, en la ideología nacionalista), como en la promoción del desarrollo económico, que tendría en la distribución de renta y en el mercado interno de consumo referenciales fundamentales. Y popular porque, por primera vez también, el Estado brasileño dejaba de representar un pacto entre las élites por el cual una de ellas gobernaba en nombre de todas, para presentarse como un Estado que incluía la clase media urbana -contemplada, por ejemplo, en los concursos públicos para puestos estatales que se ampliaban de forma importante, así como en las carreras de empleado público y en la gran extensión del sistema educacional- y el movimiento sindical, desde la legislación del trabajo, aunque calcada en el molde corporativista.

Así, después de haber vivido durante gran parte de su historia desde la colonización, bajo la hegemonía de un modelo primario-exportador, justificado con argumentos deducidos de la teoría del comercio internacional y de la supuesta vocación cafetalera de su economía, Brasil rompía con los supuestos básicos de esa argumentación y ponía en práctica un modelo hegemónico que respondería por el mayor ritmo de crecimiento económico mundial durante cerca de cinco décadas. En ese espacio de tiempo, transformó radicalmente la fisonomía de la sociedad brasileña: de agraria pasó a urbana; de agrícola a industrial; de volcada para el exterior a una reversión sobre sí misma.

El crecimiento, inserto en una economía dependiente, reprodujo los mecanismos de este fenómeno en la periferia del capitalismo, centrándose en la superexplotación del trabajo, conforme los análisis de la obra de Ruy Mauro Marini⁴⁴. Esto es, una burguesía que llegaba atrasada a un mercado mundial ocupado por las grandes potencias capitalistas no sólo buscó proteger su mercado interno sino que también, impotente para competir en igualdad de condiciones con las burguesías metropolitanas, trató de abaratar los costos de producción de sus mercaderías a través de la combinación de múltiples formas de explotación de la fuerza de trabajo, manteniéndola permanentemente abajo de su valor. En el caso brasileño, esta hipótesis se tornó posible y reiterada a lo largo del tiempo por la inexistencia de una reforma agraria, bloqueando así el acceso a la tierra de decenas de millones de trabajadores rurales. Tal situación aceleró su inmigración para las grandes ciudades del centro-sur, constituyendo un mercado de trabajo abundante, que favoreció altas tasas de lucro, derivadas en gran medida de la superexplotación de la fuerza de trabajo.

Esto no impidió que en dos períodos diferenciados de 1930 a 1964 y desde el golpe militar en este último año hasta 1980, la economía creciese, extendiendo la industrialización del país, con tecnología más moderna que la argentina y, especialmente en el segundo período mencionado, con un grado superior de incorporación de capitales extranjeros y de capacidad exportadora. En ese espacio de tiempo, Brasil llegó a construir la principal estructura industrial de la periferia capitalista, estando presente, al final de los años setenta, en todos los ramos de punta de la economía mundial, aunque en grados diferentes de desarrollo tecnológico.

Políticamente, la ruptura con el sistema democrático liberal en 1964 fue funcional al proceso de acumulación de capital. La compresión salarial, la intervención militar en todos los sindicatos, la represión a todas las formas de organización popular sirvió para, además de reprimir a la oposición política, posibilitar el redireccionamiento del grueso de la producción por

parte de grandes empresas internacionales y nacionales hacia la alta esfera del consumo y la exportación. La reconcentración de capitales en las manos del gran empresariado y esta política de bloqueo a la capacidad de consumo y de reivindicación de los sectores populares fueron las palancas que permitieron a la economía brasileña entrar en un nuevo ciclo expansivo.

Este nuevo ciclo fue posible porque se produjo cuando el capitalismo internacional se encontraba todavía en su largo ciclo expansivo, lo que respondió también por la capacidad de impulsar el desarrollo económico por parte de la dictadura militar. El golpe militar brasileño fue relativamente precoz en relación a los otros, y se vio favorecido con un enemigo más frágil: la izquierda brasileña era de menor peso que la existente en los demás países de la región y tenía un entorno externo favorable, que desaparecería desde 1973.

El Brasil contemporáneo -éste, del pasaje de siglo y de milenio- es el resultado de toda esta evolución y de la mudanza de ciclo del capitalismo internacional, con reflejos específicos sobre los países de la periferia, cuyos efectos directos se tradujeron en la crisis del endeudamiento externo. En el caso de Brasil, el pasaje de los años setenta a las dos décadas finales del siglo XX representó una ruptura todavía más marcada que en los otros países de la región, abandonando sus décadas de crecimiento económico continuo y entrando en un período recesivo.

El agotamiento de la dictadura militar -que había buscado legitimidad en la combinación entre crecimiento económico, consumismo y seguridad nacional- representó la hegemonía de un nuevo consenso, construido en la oposición a la dictadura: el consenso de la democratización política y del combate al déficit social dejado por un crecimiento económico que expandió la economía, pero no distribuyó la renta. La nueva Constitución brasileña fue definida por el presidente de la Asamblea Constituyente, Ulysses Guimarães, como la "Constitución ciudadana" -tal la forma en que se privilegiaba la afirmación de derechos-, lo que motivaba un choque con la tendencia neoliberal, ya dominante en aquel momento (1988). Por otro lado, incluso un gobierno moderado como el de José Sarney (1985-1990), primer presidente civil desde 1964, tuvo como lema lo que hasta recientemente sería considerado un grave pecado por el recetario vigente del Fondo Monetario Internacional -"Todo por lo social"-, aún cuando aquel lo concibiera en sentido asistencialista.

Estas tendencias brasileñas atrasaron la aplicación en el país de las políticas de ajuste fiscal, atraso que fue acentuado con la interrupción del gobierno de Fernando Collor (1990-1992) por denuncias de corrupción. Tales políticas fueron retomadas por Fernando Henrique Cardoso, primero como ministro de Hacienda del sucesor de Collor, su vicepresidente Itamar Franco (1992-1994), y después como presidente, elegido para dos mandatos (1994-1998/1998-2002). Éste, sin embargo, no pudo presentarse como un prócer de la "tercera vía", porque lo fundamental, el trabajo "sucio" del neoliberalismo, que en otros países correspondió a Reagan, Thatcher, Pinochet, Menem, Fujimori, Salinas de Gortari, fue interrumpido, motivando que Cardoso tuviese que vestir el *tailleur* de Margaret Thatcher en vez del *blazer* de Tony Blair.

Su gobierno consiguió la estabilidad monetaria de forma similar a lo logrado en países como Chile, Argentina y Perú, con la particularidad de que fue aplicada la tasa de intereses real más alta del mundo para atraer capitales financieros que diesen fundamento a tal estabilidad. Política e ideológicamente la operación fue un éxito, con la reelección de Cardoso, derrotando a la izquierda dos veces en el primer turno. Económica y socialmente, sin embargo, fue un desastre: después de elevar el poder adquisitivo de los sectores más pobres, concentrando renta en la cúpula en detrimento de las capas medias, los más pobres también empezaron a perder poder adquisitivo, tanto de forma directa como por la transferencia de la mayor parte de la población a la economía informal, perdiendo así renta y derechos. Económicamente, el país no consiguió retomar ritmos mínimamente estables de desarrollo, completando dos décadas perdidas, con el primer gobierno que en setenta años dejó de colocar el desarrollo como prioridad, para privilegiar el objetivo conservador de la estabilidad.

El Estado, a su vez, presionado por las tasas estratosféricas de interés y por el ingreso de capitales especulativos, multiplicó su endeudamiento por cinco, al contrario del saneamiento fiscal prometido por los planes de ajuste, a pesar de la privatización de gran parte de un patrimonio público que había sido uno de los protagonistas fundamentales del acelerado crecimiento de las décadas anteriores. La deuda interna pública, que era de 54 billones en 1994 -año de entrada en vigor del plan de estabilidad monetaria de Cardoso-, pasó a 550

billones seis años después, aumentando 20% al año, aunque 75% del presupuesto fuese destinado al diferimiento de la deuda. En otras palabras, se sustituyó la inflación por el endeudamiento, que no financió ningún tipo de obra pública o extensión y elevación de la calidad de los servicios públicos. Sirvió para financiar el consumo de lujo de las altas esferas de consumo y para estabilizar artificialmente la moneda, con el pasaje de saldos de la balanza comercial brasileña, que habían llegado a 14 billones de dólares antes del plan, a seis años seguidos de déficits, incluso con Estados Unidos.

Se promovió la hegemonía del capital financiero en el conjunto de la economía y una financiarización del Estado brasileño, que vive en función del pago de los intereses de sus deudas. Se generó un círculo vicioso por el cual el sistema financiero es el gran patrocinador de las campañas electorales del gobierno, recibiendo a cambio el único gran plano de apoyo de éste y otras ventajas excepcionales, incluida la venta de títulos públicos que pagan los mayores intereses reales del mundo.

Brasil pasó así, en el transcurso de pocas décadas, de una economía agraria a otra industrial -que aunque periférica y dependiente contaba con un potencial económico innegable-, para, en el pasaje de siglo, encontrarse en los brazos del capital especulativo, que alimenta y aprisiona la estabilidad monetaria, como un grillete que impide su crecimiento. El gobierno de Cardoso pasa a la historia como aquél que, dirigido por alguien que surgió en las filas de la oposición democrática, con una trayectoria intelectual reconocida, aunque políticamente ambigua, dio una nueva coartada a la derecha tradicional, reorganizándola en torno a un discurso modernizador, que encubre sus milenarias prácticas de privatización del Estado. Al contrario de sus congéneres de la socialdemocracia de otros países, que combatieron la derecha, aún adhiriendo al neoliberalismo -como Mitterrand, Felipe González, los socialistas chilenos-, Cardoso surgió como el salvador de la derecha para derrotar sucesivamente a la izquierda, a la cual se opuso frontalmente durante sus dos mandatos, tanto a los partidos de la izquierda -particularmente su principal adversario, el Partido de los Trabajadores- como a los sindicatos y a los movimientos sociales -en especial al Movimiento de los Sin Tierra, su más aguerrido opositor.

Como en los otros países, el neoliberalismo en Brasil fue un éxito en la estabilización monetaria, en la propaganda ideológica y en la fragmentación social que produjo. Fue, sin embargo, un fracaso en el desarrollo económico, así como en sus consecuencias políticas y sociales. La naturaleza de las transformaciones sociales y económicas promovidas por las políticas del gobierno Cardoso sólo habrían sido posibles, en otros períodos políticos, a través de regímenes de fuerza, mediante dictaduras militares. Tal fue la brutal transferencia de recursos, especialmente de los sectores medios, para el sector financiero, pero también la dimensión de la expropiación de derechos de los trabajadores, comenzando por el derecho al trabajo formal, hoy reservado a 40% de la población, mientras otro 60% se ve sometido a la precariedad del trabajo informal.

Desde el punto de vista político, la década de aplicación de las políticas de ajuste fiscal debilitó el sistema democrático, conquistado a duras penas después de más de dos décadas de dictadura militar. Los parlamentos perdieron prestigio y representatividad, la gran mayoría de los partidos políticos perdió identidad propia (comenzando por la versión brasileña de la socialdemocracia, el partido de Cardoso, que, si bien no contaba con algunas de las características básicas de los partidos de esta corriente, como por ejemplo amplia base sindical y popular, adhirió a la moda neoliberal, tornándose un partido de derecha en Brasil), la participación y la movilización políticas bajaron a niveles nunca conocidos en períodos de regímenes institucionales, las dimensiones públicas del Estado y de los gobiernos fueron duramente debilitadas por la mercantilización de sus políticas y de las relaciones sociales como efecto de aquéllas.

El economicismo pasó a dominar el discurso de las élites -del presidente de la República al *mainstream* académico, pasando por la gran prensa y por las élites políticas- en detrimento de los derechos, de la lucha por la justicia social, por el "buen gobierno", por las necesidades de la gran mayoría de la población, destituida de derechos elementales en el país más injusto del mundo. La apatía política fue el resultado logrado, por la desmoralización al no creer que las soluciones colectivas, producidas por la organización consciente de la masa de la población, pudiesen mejorar su condición.

Desde el punto de vista social, no sólo no se mejoró la vida de la masa de la población, sino que se acentuó la polarización entre ricos y pobres, entre integrados y excluidos, entre globalizados y marginados. El movimiento sindical pasó a la defensiva frente al aumento del desempleo y a la necesidad de priorizar la defensa del empleo en detrimento de la lucha por minimizar los desgastes sobre el poder adquisitivo de los salarios, mientras los movimientos sociales ligados a las reivindicaciones de género, etnia y otras afines retrocedieron en sus derechos delante de un gobierno truculento e insensible inclusive a los derechos de la mujer -el gobierno Cardoso tuvo apenas episódicamente una u otra mujer como ministro, e incluso su mujer, una antropóloga y académica conocida, en su gobierno procedió apenas como primera-dama, en políticas sociales compensatorias, al estilo del Banco Mundial.

De “potencia intermediaria regional” a “mercado emergente”, Brasil transitó de un país con extraordinario potencial de crecimiento, a pesar de las desigualdades, de la miseria, del atraso político y cultural, a un país inerte internacionalmente. Internamente resignado a convivir con sus penurias, mirando de nuevo más hacia afuera (como en el período primario exportador, hasta 1930), sólo que ahora mirando para arriba, a los Estados Unidos. Las contradicciones que engendró, junto al potencial de crecimiento que persiste, incluida su izquierda y su movimiento de masas, tornan a Brasil el eslabón más débil de la cadena del sistema de dominación mundial en el continente latinoamericano.

Del desarrollo desigual al eslabón mas frágil de la cadena

Brasil, el país económicamente más desarrollado de América Latina, es, al mismo tiempo el más injusto socialmente, porque es el de peor distribución de renta. Esto por sí solo dice del carácter del desarrollo económico que el capitalismo posibilita en su periferia.

Cuando los modelos cepalinos para el continente se agotaron, se desató el debate sobre la naturaleza del desarrollo económico posible en América Latina, representado sobre el carácter de la dependencia, que se revelaba fuertemente con los golpes militares y la internacionalización de sus economías.

Surgieron dos grandes concepciones, representando dos horizontes radicalmente distintos: la teoría de Fernando Henrique Cardoso y la de Ruy Mauro Marini. La primera, como continuación de la obra anterior del autor, resaltaba los obstáculos corporativos del empresariado brasileño y proponía la internacionalización de la economía como forma de reconquistar el desarrollo. Sus tesis preanunciaban el programa económico que Cardoso llevaría a cabo en los años noventa, en el gobierno federal.

La crítica al corporativismo del empresariado brasileño motivó la apertura de la economía al exterior y la desregulación estatal, de acuerdo a un programa identificado con los objetivos liberales de los grandes organismos internacionales, desde el Fondo Monetario Internacional al Banco Mundial y a la Organización Mundial del Comercio. Su tesis de que el desarrollo económico era viable dependía de la “liberación” de las trabas corporativas, que bloquearían el surgimiento de un empresariado dinámico. Este dinamismo no se encontró con un capitalismo internacional propenso a ser socio de nuevos proyectos de desarrollo, sino con otro que buscaba campos de inversión financiera, con bajo riesgo y grandes retornos a corto plazo.

Como resultado, la dependencia no fue aliviada o superada cuando Cardoso pudo tener las riendas de la economía brasileña en sus manos, con más poderes que cualquier otro presidente en regímenes civiles y durante más de seis años; por el contrario, se extendió y profundizó, ganando nuevas dimensiones. La dependencia de capitales aumentó, la dependencia tecnológica se profundizó, la soberanía política se debilitó, los objetivos nacionales pasaron a ser definidos por organismos internacionales y el carácter brasileño sufrió duros golpes por parte de una ideología de consumo y padrones de comportamiento importados, mientras una ideología economicista, repetitiva de los discursos de los organismos económicos internacionales se tornó el discurso dominante.

La otra gran concepción sobre la condición, las contradicciones y los dilemas de los capitalisms periféricos, en particular los latinoamericanos, fue la elaborada por Ruy Mauro Marini -particularmente en *Dialéctica de la dependencia*⁴⁵. Allí, este autor, también brasileño, apuntaba cómo la naturaleza de capitalisms que llegaban rezagados a la industrialización y al mercado mundial se valían de múltiples mecanismos de elevación de la explotación de los

trabajadores para intentar recuperar su inferioridad competitiva respecto a los países del centro del capitalismo. En consecuencia, hacían que el proceso de acumulación de la periferia dependiese de la exportación y de la alta esfera del consumo, ya que el mercado de consumo popular estaba estructuralmente bloqueado por los mecanismos que Marini llamó de “superexplotación” del trabajo, que había introducido una profunda ruptura entre las dos esferas del mercado de consumo.

El tipo de desarrollo económico posible para nuestros países sería entonces aquel basado en la profundización de la dependencia y de las distorsiones en las estructuras sociales, que no tenderían a modalidades más democráticas sino, al contrario, a formas abiertas o veladas de dictadura de clase, que garantizaran la supervivencia de modelos económicos cada vez más excluyentes. El caso brasileño -tomado por ambos como referencia principal en virtud del mayor desarrollo relativo de la economía de Brasil en el momento de la formulación de las dos tesis, final de los años sesenta y primera mitad de los años setenta- sirve de ejemplo cristalino de cómo los análisis de Marini se revelaron correctos. No sólo por la evidente profundización y extensión de la dependencia, sino también por la ampliación hasta límites desconocidos en la historia del capitalismo de los mecanismos de superexplotación del trabajo -de la tercerización al trabajo precario, del trabajo doméstico al trabajo infantil y semi-esclavo-, caracterizando de forma evidente la combinación de la plusvalía relativa con la absoluta y la extensión directa de la jornada de trabajo, y haciendo del abaratamiento permanente de la fuerza de trabajo, remunerada abajo de su valor, un mecanismo explicativo substancial del viraje en las relaciones entre capital y trabajo que marcan las dos últimas décadas del siglo XX.

Los análisis innovadores de Marini válidos para la periferia capitalista en el momento de su formulación se trasladaron a los países del centro del sistema, cuando el pleno empleo del Estado de bienestar social fue sustituido por los 30 millones de desempleados, a los que se sumó el trabajo informal, que afecta a un tercio de la fuerza de trabajo, principalmente la inmigrante, dentro de la cual se localiza el “trabajo sucio”, peligroso y contaminante. En los propios Estados Unidos, que protagonizaron el ciclo expansivo más largo en la década de 1990 y consagraron el “modelo anglosajón” en la medida que también fue reproducido como modelo dominante por Inglaterra, apoyaron abiertamente esa expansión en la flexibilización laboral, expresión que denota la presencia ostensiva de diferentes formas de superexplotación del trabajo, creando 90% de sus empleos en la economía informal.

Brasil y México -los mayores laboratorios del capitalismo dependiente en América Latina- pasaron a tener la compañía de la Argentina como modelos de superexplotación del trabajo. Este último país, después de caracterizarse por el pleno empleo - en un mercado de trabajo que incorporaba trabajadores de Chile, Uruguay, Bolivia, Paraguay, Brasil, Perú, fue reciclado, por las políticas uniformizadoras del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial como un país con alto índice de desempleo, con miseria, con niños de la calle y con acelerada concentración de renta. México solamente acentuó los mecanismos de dependencia externa, de concentración de renta y de superexplotación del trabajo, al acoplar por completo su economía al ciclo expansivo norteamericano, que reprodujo de manera salvaje, en la zona norte del país, los mecanismos de precarización, de informalización, de extracción ilimitada de la plusvalía sobre trabajadores desvalidos y bloqueados para organizarse y resistir por los efectos de la miseria, del excedente brutal de mano de obra, de la corrupción del movimiento sindical y de la acción criminal de gobiernos que venden barata la fuerza de trabajo de su país.

Brasil transitó por tres modelos básicos de desarrollo desde los años treinta, con elementos de ruptura y de continuidad entre ellos. Inicialmente, desde 1930, se instaló un modelo nacional industrializador, con legitimidad popular. El carácter nacional se fundaba en la existencia, por primera vez, de un proyecto que afirmaba la soberanía del país, centrado en su proceso de desarrollo interno, dando un empuje decisivo a la industrialización. La legitimidad popular derivaba de la ruptura con el discurso del viejo régimen oligárquico, en el cual, como afirmó su último presidente, la cuestión social era “cuestión de policía” y del pasaje a un Estado que legitimaba el mundo del trabajo -aunque sólo el del trabajador urbano de empresas privadas- garantizaba institucional y jurídicamente sus derechos y lo incorporaba al discurso oficial. Para un país que cuatro décadas antes estaba saliendo de la esclavitud, tener un presidente como Getúlio Vargas, que en el inicio de sus discursos, comenzó a interpelar al pueblo como “Trabajadores de Brasil”, representaba un reconocimiento expreso en el imaginario nacional.

Este modelo hegemónico privilegió la cuestión nacional y la cuestión social -aunque todavía relegando a la gran mayoría de la masa trabajadora que vivía en el campo a las condiciones

brutales de explotación de los terratenientes- en detrimento de la cuestión democrática. Propició un empuje industrializador que en pocas décadas transformó la fisonomía del país, no sólo desde el punto de vista económico, sino también social, ideológico y cultural.

Los límites de este modelo fueron dados por la incapacidad de disponer de capitales para llevar adelante la industrialización y pasar a la producción de bienes tecnológicamente más avanzados -en particular la industria automovilística, cuya llegada a países como Argentina y Brasil, a mediados de la década de 1950, representó el ingreso macizo del capital extranjero en esas economías y la asunción, a partir de entonces, de un papel económicamente dominante. Este proceso de internacionalización de la economía de estos países, que no casualmente se da al mismo tiempo que la caída de Perón y de Vargas, acarreó una transformación del modelo hegemónico, que mantuvo su carácter industrializador, sinónimo de “desarrollo económico”, pero perdió su dimensión nacional, relegando el tema social, que pasó a ser una consecuencia de la expansión económica, con la continua expansión del mercado formal de trabajo y todos sus desdoblamientos.

El golpe militar de 1964 en el Brasil se produjo durante el ciclo expansivo del capitalismo internacional, posibilitando que el país disfrutase aún de recursos externos para reciclar su economía. Ésta pasó a privilegiar abiertamente la exportación y el consumo de lujo, según captaron los análisis de Marini, en detrimento del consumo interno de masas. Mediante un brutal proceso de reconcentración de renta en las manos del gran capital nacional e internacional -anclado en la represión de la dictadura- y de la atracción de más capitales externos, esta vez diversificando la dependencia en dirección a países de Europa occidental y de Japón, Brasil ingresó en un ciclo de fuerte crecimiento económico, que duró de 1967 a 1979. La cuestión del desarrollo económico siguió funcionando como elemento de propulsión ideológica, con la extensión, pero principalmente la profundización de la capacidad de consumo de la alta clase media y de la burguesía, con beneficios secundarios para otros sectores menos favorecidos de la estructura social.

Este modelo, que se había apoyado en la atracción de capitales externos y en un violento proceso de aumento de la extracción de la plusvalía, pasó a depender de empréstitos en vez de inversiones, cuando el capitalismo ingresó en su largo ciclo recesivo, en 1973. Al contrario de los otros países, Brasil mantuvo su crecimiento, aunque a menor ritmo, captando sin embargo, especialmente las empresas privadas brasileñas, empréstitos a intereses flotantes, una bomba de tiempo que iría a estallar en el pasaje de los años setenta a los ochenta y dejaría al país hipotecado con el pago de los intereses de la deuda y los hasta hoy penosos procesos de renegociación de la deuda pendiente. Para evitar que a la moratoria mexicana se le sumara la brasileña, el último gobierno de la dictadura militar estatizó la deuda brasileña, dando el patrimonio de las empresas estatales como garantía, lo que no impidió que Brasil estancase allí su largo ciclo de desarrollo económico, iniciado cinco décadas antes.

En el plano político, el modelo identificado con Getúlio Vargas promovió el surgimiento de una izquierda apoyada en el sindicalismo, vinculado al aparato de Estado y de carácter nacionalista, a la cual se alió también el Partido Comunista. Este bloque asumió una línea política nacionalista, antiimperialista y anti-latifundiaria, apostando a una alianza con sectores de la burguesía nacional, considerados por ellos como “progresistas” e interesados en un proyecto de reformas económicas y sociales de carácter nacional y anti-latifundiaro.

Cuando el proyecto fracasó, con el golpe militar y con la revelación de que la burguesía industrial brasileña, en bloque, prefería una alianza con el imperialismo y el latifundio que correr los riesgos de favorecer la ascensión del movimiento popular, opción evidentemente instigada por el clima de la Guerra Fría, se desmoronaron las bases de sustentación de esta izquierda. El Estado dejó de ser aliado para ser enemigo frontal, el movimiento sindical estatal se vio absolutamente bloqueado en su capacidad de acción, el resto del movimiento sindical también sufrió intervención, el empresariado nacional se abrió totalmente para una alianza claramente subordinada a los capitales externos, y el Estado pasó a funcionar como palanca para la acumulación privada de un modelo exportador y selectivo en términos de consumo interno.

El marco internacional, con el triunfo de la revolución cubana y la ascensión de una nueva izquierda en los años sesenta, favoreció la desintegración de la hegemonía que el Partido Comunista Brasileño y sus aliados detentaban en la izquierda. Este vacío fue disputado por dos fuerzas radicalmente antitéticas: la oposición insurreccional -apoyada en la experiencia cubana y en la vietnamita- y la oposición liberal -apoyada en las fuerzas tradicionales, desplazadas por

los militares. Después de una breve ascensión, las fuerzas guerrilleras fueron derrotadas por la virulencia de la acción de la dictadura y también por una concepción que privilegiaba la lucha militar en detrimento de la fuerza social, dejando el campo libre para la hegemonía liberal en la lucha contra la dictadura.

Sin embargo, un proceso subterráneo se desarrollaba y emergería más tarde con fuerza. El desarrollo económico brasileño, que venía ocurriendo con la entrada de capitales extranjeros desde mediados de los años cincuenta, y el nuevo ciclo expansivo llevado a cabo por la dictadura militar, renovaron y fortalecieron socialmente a la clase trabajadora brasileña, especialmente desde la industria automovilística, localizada en la periferia de São Paulo, contando básicamente con la extensa inmigración del nordeste para el centro-sur de Brasil, lo que significaba, para esa inmensa masa trabajadora, salir de la informalidad del campo y tener acceso a la ciudadanía, mediante un empleo con cartera de trabajo.

Esta nueva generación de trabajadores -de la cual Lula es el representante más significativo- no tuvo la experiencia del getulismo ni de la vieja izquierda, educándose en la resistencia de un sindicalismo de base y clasista a la dictadura militar. Fue ella la que quebró la espina dorsal de la política económica de compresión salarial de la dictadura, con huelgas que obtuvieron amplio apoyo popular a fines de los años setenta. Fue también quien protagonizó la organización de la primera central sindical legal -la Central Única de los Trabajadores, en los años ochenta- y el Partido de los Trabajadores, fundado en 1980.

Esta nueva izquierda no nacía con una ideología definida; optaba por un socialismo mal definido como modelo, pero rechazando el soviético. Congregaba ex militantes de los años sesenta, sindicalistas de base, intelectuales de izquierda, militantes de los derechos humanos, ecologistas, sectores religiosos, feministas, en suma, una amplia gama de sectores con un potencial anticapitalista, que apostaban fuertemente a la democratización del país, a la cual pretendían dar una dimensión fuertemente social y popular.

Poco a poco, esa izquierda fue asumiendo responsabilidades institucionales con combativas bancadas de parlamentarios, con buenos gobiernos municipales, con la activa participación en las elecciones presidenciales, con Lula como fuerte candidato en tres elecciones sucesivas. Sin embargo, su singular ímpetu no dejó de sufrir los efectos del viraje internacional en la correlación de fuerzas, aunque estuviese mediada por las condiciones locales más favorables.

La caída de la Unión Soviética no golpeó al Partido de los Trabajadores y a las fuerzas que nacieron paralelamente con él, como los partidos comunistas, pero sus efectos no dejaron de sentirse, multiplicados por las dos derrotas de Lula en las elecciones de 1989 y 1994, sumándose también la crisis de Cuba y el fin del régimen sandinista en Nicaragua, con quienes el PT se identificaba en diversos grados. La crisis de militancia alcanzó al partido y los nuevos movimientos sociales, elevando la edad media de sus miembros, mientras la Central Única de los Trabajadores pasaba a la defensiva a medida que la ascensión del neoliberalismo en el país imponía sus políticas, fomentando el desempleo y la informalización del mercado de trabajo.

La gran excepción fue el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra, que en un país que nunca realizó la reforma agraria se constituyó en el principal protagonista de la oposición de masas a estas políticas, tanto en el efímero gobierno de Fernando Collor como, especialmente, en el de Cardoso. Pero actuando de cierta manera solo, sin otras fuerzas sociales de proyección que consigan definir formas específicas mínimamente eficientes para resistir al neoliberalismo, como las que ellos consiguieron.

El Brasil realmente existente

Inicialmente un país atrasado económica y socialmente, con los correspondientes efectos en el plano político y cultural, Brasil salió del siglo XX radicalmente transformado. Nadie hubiera dicho, a mediados del siglo pasado, que el país tendría una de las izquierdas más fuertes del mundo -incluso porque nadie podría prever la debilitación general de las izquierdas en el mundo ni tampoco que Brasil sería el escenario de una izquierda social y políticamente fuerte.

Para que esto ocurriese, actuó directamente la ley del desarrollo desigual y combinado, que, con el privilegio del atraso, hizo que Brasil diera saltos cualitativos en su desarrollo, tanto desde el punto de vista del desarrollo económico cuanto en la constitución de sus fuerzas antisistémicas. Llegando más tarde que su vecina Argentina al proceso de industrialización, Brasil lo hizo ya adecuado a las condiciones de competitividad internacional, con una estructura productiva volcada a la exportación, con tecnología más moderna que la Argentina y con distribución de renta más selectiva, contemplando menos el mercado interno de consumo popular. De tal manera, su estructura social fue más elitista y discriminatoria, menos democrática que la argentina. Sin embargo, el país pudo usufructuar mejor de la captación de inversiones externas y construir una mayor competitividad externa, jugando en relación a la Argentina un papel análogo, aunque en miniatura, al que los Estados Unidos tuvieron en relación a Inglaterra. Más moderno en términos capitalistas, pero al mismo tiempo más cruel en términos sociales.

El atraso relativo de la izquierda, construida en un país agrario extendido hasta la segunda mitad del siglo XX, permitió que el golpe militar de 1964 alcanzase a un enemigo relativamente débil en comparación con la fuerza que ya disponían los vecinos, mucho más urbanizados: Argentina, Chile y Uruguay. Al imponerse años antes que en otros países, donde los golpes se dieron en la década siguiente (1973 en Chile y en Uruguay y 1976 en la Argentina), la temporalidad jugó a favor de un nuevo ciclo en el proceso de acumulación brasileño, por las condiciones internacionales favorables que encontró.

Esta temporalidad también contribuyó para que no se diera la convergencia existente en los otros países entre el movimiento golpista y las ideologías neoliberales. En Brasil, por el contrario, los militares fortalecieron el Estado -incluso el sector de capitalismo de Estado-, aunque poniéndolo al servicio del proceso de acumulación privada nacional e internacional, factor que jugó de manera importante para que la economía brasileña creciera de forma continua durante la primera mitad del régimen militar.

Cuando la dictadura militar se agotó, golpeada por la acción de la crisis de la deuda externa, por los movimientos sociales y por la oposición institucional, Brasil no ingresó en una fase de hegemonía neoliberal, sino que pasó por un período en el que el consenso dominante era el de la democratización institucional y el rescate de la deuda social dejada por la dictadura. A lo largo de los años ochenta se fortalecieron los movimientos sociales, las fuerzas democráticas, la prioridad democrática y social, mientras el neoliberalismo se implantaba en Bolivia, Chile, México, bajo el telón de fondo de la hegemonía de esta ideología cuya propaganda era realizada por la dupla Reagan/Thatcher.

El carácter tardío del neoliberalismo brasileño a partir de estos factores, a los que se sumó el fracaso del gobierno Collor, cuyo programa fue retomado por Cardoso en 1994, motivó que, en aquel año el plan de estabilidad brasileño se enfrentase ya con la crisis mexicana, dejando atrás la fase eufórica de las políticas de ajuste fiscal. Así, Brasil nunca pudo figurar en la vitrina del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, que exhibieron alternadamente México, Chile, Argentina y de nuevo México, como sus modelos exitosos, figurando siempre el Brasil como "el alumno atrasado".

Esto se dio también por la fuerza que la izquierda brasileña pasó a tener. El golpe militar quedó lejos en el tiempo, construyéndose social, política e ideológicamente una nueva izquierda que no había vivido el trauma de la represión, trauma éste que, de cualquier forma, fue menor, comparativamente, a los de Chile, Uruguay y Argentina, justamente por la mayor fuerza que tuvo que enfrentar el movimiento golpista en esos países.

La nueva izquierda brasileña se construyó en un período de fortalecimiento de las luchas sociales y políticas, sin haber sufrido hasta aquí las derrotas estratégicas que aún marcan a las izquierdas de Argentina, Chile y Perú, para hacer comparaciones en el propio Cono Sur. Ocurrieron reveses, producto del cambio de la correlación de fuerzas internacional, con sus efectos en Brasil, pero nada que representase un debilitamiento radical de la fuerza de la izquierda. Ésta se mantiene y, con eso, contribuye para que Brasil se constituya en el eslabón más débil de la cadena de dominación del capitalismo en el continente, justamente por la conjunción de las condiciones objetivas y subjetivas.

Aunque las políticas neoliberales llevadas a cabo en los años noventa hayan debilitado al Estado brasileño y la capacidad productiva y competitiva del parque productivo instalado en el país en las décadas anteriores, esa desarticulación no avanzó tanto como en otros países, además de actuar sobre un sistema productivo más fuerte que los correlatos en el continente.

El grado de internacionalización y de apertura de la economía brasileña, a pesar de haber avanzado mucho, todavía es menor que los logrados en economías como la argentina y la mejicana, por ejemplo.

Por otro lado, los problemas estructurales de Brasil permanecen como obstáculos significativos, desde la propia cuestión agraria no resuelta, lo que permite entender la fuerza del Movimiento de los Sin Tierra, como la integración económica nacional de un país de vastos territorios -y que por eso mismo es el principal objetivo de la propuesta del ALCA, mediante la cual Estados Unidos pretenden consolidar su hegemonía sobre el continente.

La fuerza social y política de la izquierda es el otro factor que permite prever que, comenzando el nuevo siglo, Brasil sea escenario de grandes luchas, precisamente en el momento en el que perdió eficiencia, sin agotarse, la política de ajuste fiscal como factor determinante para la vigencia del modelo hegemónico de las élites brasileñas. Los primeros años de la década definirán el porvenir de Brasil a lo largo del próximo medio siglo y, así, determinarán el escenario en el que se moverá América Latina, a medida que Brasil triunfe descifrando su enigma o por lo menos aclarando su crisis de identidad.

Notas

44 Ruy Mauro Marini, op. cit.

45 Op. cit.